

LLORENT. Si habla siempre que la da más latines que un sermón, no es el dolor muy roín.

GIL. Llorente: aqueso me espanta.

LLORENT. Es vuesa hija estodianta y habla vascuence y latín, ¿y lloráis? Yo, por ventura y no pequeña, tuviera que mi hija latín supiera y la viera después cura.

GIL. Afirmo el beneficiado que tien espíritos.

LLORENT. ¿Cómo?

GIL. Yo por eso pesar tomo.

LLORENT. Pues ¿por dónde habrán entrado?

GIL. ¿por la boca ó por la zaga?

LLORENT. ¿No tien hartos agujeros una mujer?

LLORENT. ¡Oh, fulleros!

GIL. ¡Oste putol! ¿zorriaga en ellos!

LLORENT. ¿No habrá un remedio?

GIL. Echalda una melecina de miel y de trementina hirviendo de medio á medio, y por no verse quemados por la boca se saldrán.

LLORENT. Si en el infierno los dan huego con los condenados, y comen como avestruces brasas, ¿cómo han de temer ell agua?

LLORENT. Hacelda comer media docena de cruces con su calvario, y veréis cómo se salen huyendo de la cruz.

GIL. Sanarla entiendo presto. Ya os acordaréis de Juana, nuesa madrina.

LLORENT. ¿La que es monja?

GIL. La que espanta.

LLORENT. Todos la llaman la santa.

GIL. Es una mujer divina. Desque su padre murió, que habrá un año, no la vi; yo sé que en viéndome así, pues por su causa me dió Dios la hija que ya lloro, que ella me la vuelva sana.

LLORENT. Queríala mucho Juana, y es la niña como un oro. No ha sido el remedio malo. Gil, yo os quiero acompañar.

GIL. Venid, que la he de llevar de miel y leche un regalo.

LLORENT. ¿Que así el diablo se zampuza en un cuerpo? Desde hoy quiero tapalle el lugar zagüero con el sayo y caperuza. (Vanse.)

## ESCENA VI

Sale LA SANTA con las llaves de portera.

Aunque del coro me aparta el torno y la portería,

bien puede hallarse María entre los brazos de Marta. El alma contemple y parta al cielo, pues con Dios priva, y el cuerpo, que es Marta activa, trabaje, que no hay lugar donde á Dios no pueda hallar la vida contemplativa. Yo me acuerdo, Jesús mío, que, á falta de otro lugar, mi Iglesia era un palomar cuando estaba con mi tío. Lo demás es desvarío de perezosos ingratos, que los más sabrosos ratos donde el sentido se arroba es entre la humilde escoba, las rodillas y los platos. No hay lugar que me reporte á no buscaros, Señor, porque es piedra imán amor y siempre mira á su norte. ¿No dicen que está la corte donde está el Rey? De ese modo á buscaros me acomodo en cualquier parte, mi Dios, que todo es corte con vos pues sois Rey y estáis en todo.

(Ha de haber un torno.)

Tornera soy; ahora bien; entreteneos, alma mía, pensad que esta portería es el portal de Belén. Aquí pastores estén, aquí el buey, aquí el jumento: ¡oh qué lindo nacimiento! razón es que se celebre. El torno será el pesebre, las mantillas mi contento, aquí la Virgen está; ¡ay soberana Señora! mirad que mi Niño llora, por mis pecados será; mas José le acallará, que como le está sujeto Cristo, le tendrá respeto; mas Juana, acállale tú.

(Canta y mece el torno.)

¡A la mú, Niño, á la mú! ¡qué bello que es y perfeto! No lloréis, yo os haré fiesta, Niño de infinito nombre. ¿Quién os hizo mal? El hombre. ¡Oh bellacol! ¡para éstal! ¡Qué cara, mi Cristo, os cuesta su golosina liviana! Dalde al Niño la manzana que tan mal provecho os hizo, que para Dios fué de hechizo, aunque la comistes sana. Ea, no haya más, Manuel, mi Pontífice, mi luz, juralde al hombre la cruz, que en cruz moriréis por él. Mi azucena, mi clavel, en vos contempla el sentido á vuestro amor reducido;

más grande mi dicha fuera si en el torno ahora os viera de veras recién nacido.

(Vuélvese el torno, y estará en él un Niño Jesús desnudo entre heno y copos de nieve.)

Pero mi buena fortuna lo que deseaba ha visto. Mi Niño, mi Dios, mi Cristo, Sol de la Virgen, que es Luna, ¿del torno habéis hecho cuna? Daros mil abrazos quiero, Pastor, Rey, León, Cordero. Buena ha estado la invención; mas finezas de amor son, que siempre fué invencionero.

(Desaparécese.)

¡Qué contenta me dejáis! ¡Qué de favores me hacéis! ¡Qué dello que me queréis! ¡Qué dello que lo mostráis! Acá os tengo, aunque os me vais; mas ¿qué es esto? La campana

(Tocan una campana.)

toca á alzar; pues, ¿cómo, Juana, es bien que el ver vuestra vida en el Altar os lo impida esta pared inhumana?

¡Ay y quién pudiera partilla por ver alzar! ¡Ah, mi Dios! todo es fácil para vos.

(Rásgase la pared, y detrás está un cálix con un Niño Jesús.)

¡Ay Jesús, qué maravilla! Ensalzáis á quien se humilla. ¡Dichosa la enamorada, mi Dios, que os sirve y agrada! Ya se juntó la pared, y en fe de tanta merced quedará siempre quebrada una piedra. Esposo casto: mucho con vos medro y privo; mas ¡ay! que es mucho el recibo, y poco ó ninguno el gasto. Mucho me dais, y no basto á pagar aun las migajas de tan divinas ventajas; pero, perdonad, Señor, si, como el mal pagador después os pagase en pajas. (Vase.)

## ESCENA VII

Salen LA ABADESA y LA MAESTRA.

ABADESA.

Esto al servicio del Señor conviene; el Padre Provincial ha ya venido; noticia de la hermana Juana tiene; por Prelada el convento la ha pedido; yo acabo ya mi oficio, pues que viene nuestro Padre á visita, y persuadido está de la virtud que en ella mora; sin duda que la hará mi sucesora.

MAESTRA.

¿A una mujer que no tiene experiencia, canas, ni autoridad? No trate de eso que se me acaba, Madre, la paciencia.

ABADESA.

¿Qué importan canas donde sobra el seso? La edad que más importa es la prudencia: ella la tiene, autoridad y peso.

MAESTRA.

Yo lo pretendo, y se me hace agravio.

ABADESA.

El Padre Provincial es cuerdo y sabio; él mirará la que es más conveniente para regirnos.

MAESTRA.

¡Que una hipocresía se me anteponga así! ¿Que esto consiente el cielo? ¡Oh rabiosa envidia mía!

## ESCENA VIII

Sale LA SANTA.—DICHAS.

SANTA.

Madre: al torno ha llamado alguna gente y entrar á hablarla dice que querría; que, como no hay clausura en el convento, siempre quieren entrar.

MAESTRA.

¿Hay tal tormento?

Presente está quien mientras tenga vida será mi muerte.

ABADESA.

Su humildad me espanta.

Entren, hermana.

SANTA.

Voy. (Vase.)

MAESTRA.

¡Que ésta me impida ser Abadesa! ¿Hay desventura tanta? Madre: ¿no echa de ver cómo es fingida toda aquella virtud?

ABADESA.

Juana es gran santa; si lo contrario ven sus ciegos ojos, es porque son de envidia los antojos.

## ESCENA IX

Salen LA SANTA, GIL, LLORENTE y otros LABRADORES.—DICHAS.

GIL.

Señora Juana: Gil soy. ¿No se acuerda de Gil y Elvira, de quien fué madrina?



MAESTRA  
Voime de aquí que temo no me pierda  
la envidia que me abrasa y desatina.

SANTA  
Nuestra Prelada es ésta, sabia y cuerda;  
sin su licencia no soy de hablar digna.

GIL.  
Pues ¿cuál es la emperrada?  
LLORENTE.

Aquella vieja.  
SANTA  
La Abadesa es aquésta.

GIL.  
¿La Abadesa?  
Señora: aquí venimos á rogalla  
que mos haga merced de dar licencia  
á Juana para vella y para hablalla.

ABADESA.  
¿Hablarla? Como sea en mi presencia.

LLORENTE.  
Pues craro está; que no hemos de llevalla  
á Francia.

GIL.  
¿Como está su rabanencia?

SANTA  
Mejor que yo merezco, Gil amigo.

GIL.  
Muy fraca está, por Dios, también lo digo.

SANTA  
¡Jesús! No jure, hermano.

GIL.  
Este es mal uso;  
¿cómo no me pregunta por Marica,  
mi hija?

SANTA  
¿Cómo está?

GIL.  
Vengo confuso;  
la más salada estaba y más bonita  
de toda Hazaña; pero ya rehusó  
el vella nadie, porque tien la chica  
espíritos, según dice nueso Cura  
que la da con la estola y la conjura.  
Así la guarde Dios que mos los quite  
pues que sus oraciones oye, Juana.

SANTA  
¿Yo, hermano? ¿aqueso dice?

GIL.  
Si permite  
mi Marica vuelva á casa sana  
os diabros se van al alcrebite

donde Pero Botero los batana  
en su caldero, quedaré contento.  
Aquí la tengo fuera del convento.

SANTA  
¿Quién soy yo para hacer cosa tan grande?

LLORENTE.  
Ella puede sacarlos, no hay excusa.

SANTA  
Soy una grande pecadora.

GIL.  
Ande;  
que pues llegar aquí Marica rehusa,  
los espíritos la temen.

LLORENTE.  
Madre, mande  
que mos haga este bien.

SANTA  
Estoy confusa.

ABADESA.  
En virtud se lo mando de obediencia.

SANTA  
Traigan luego la niña á mi presencia.

#### ESCENA X

*Sacan dos ó tres á una Niña, como por fuerza.*

NIÑA.  
No me lleven allá que pondré fuego  
á todas las esquinas desta casa.  
Juanilla de la Cruz, estando ausente,  
las ánimas me saca de las uñas  
y me atormenta más que mil infiernos;  
pues ¿qué haré en su presencia?

LABRADOR 1.º  
¡Verá el diablo,  
que dello que forceja y refunfuñal  
¡Que no os ha de valer, sucio avechuchol!

NIÑA.  
Dejadme, gente vil, que el tiempo pierde  
quien me intenta mover.

LABRADOR 2.º  
¡Ay, que me muerdel!

LABRADOR 1.º  
Medio brazo me lleva de un bocado.  
¿Qué también come el diablo carne, Crespo?

LABRADOR 2.º  
Come huevos y leche y no tien bula,  
¿y deso os espantáis?

LABRADOR 1.º  
¡Huego en su gual!

NIÑA.  
¿A qué te allegas tú, di, amancebado  
con la mujer del herrador? Anoche  
bien sé yo dónde estabas escondido.  
cuando vino de Illescas el marido.

LABRADOR 2.º  
¿Quién diabros se lo dijo?

LLORENTE.  
Si es el diablo,  
¿quién se lo ha de decir?

LABRADOR 2.º  
Yo os juro á cribas  
que yo os mire si estáis bajo la cama  
acechando otra vez. ¡Oh marrullero!  
¿Así me echáis las faltas en la calle?

LABRADOR 1.º  
¿Adónde os apartáis? Llega y tiralle.

NIÑA.  
¿Qué ha de llegar, bodegonero triste;  
que en Illescas á un fraile diste un día  
grajos salpimentados y cocidos  
á real y medio el par, diciendó que eran  
palominos?

LABRADOR 1.º  
¿Las trampas del bodego  
comenzáis á decir? Pues no me llego.

SANTA  
Dejadla, que yo haré con el ayuda  
de mi Esposo Jesús que no os deshonre.  
¡Ah tiñosol! ¿aquí estáis?

NIÑA.  
Déjame, déjame.  
(*Echale al cuello el cordón.*)

SANTA  
La cuerda de mi padre San Francisco  
os hará sosegar.

NIÑA.  
¡Ay, que me quemal  
Juanilla de la Cruz: quitale presto.

GIL.  
Agora no hablaréis, diablo molesto.

SANTA  
¡Sal, maldito, de aquí!

NIÑA.  
Ni tú ni el cielo  
no me podrán echar, que esta es mi casa.

SANTA  
Podrálo mi Jesús.

NIÑA.  
Eso me abrasa.

SANTA  
¡Sal presto!

NIÑA.  
*Nolo exire, vil Juanilla,  
in domo mea maneo; haec est mea domus  
sine me.*

GIL.  
¡Aho, Llorente! ¿los dimoños  
van cuando son mochachos al estudio?

LLORENTE.  
Sí, que también hay diablos estodiantes.

SANTA  
Sal, padre de mentiras.

NIÑA.  
*¿Potestatem  
habes ut me ejicias? Accipe higam.*  
(*Dale una higa.*)  
¡Idiota! ¿no me entiendes?

SANTA  
Don de lenguas  
me ha dado á mí el señor.

NIÑA.  
Mi poder menguas.

SANTA  
¡Vete al infierno luego!

NIÑA.  
*Non che vollo.*

GIL.  
De noche bollos dice que la demos  
y saldrá.

LLORENTE.  
Buen espacio nos tenemos.

GIL.  
Bollos y tortas le daré.

NIÑA.  
*Patrona:  
sentite una parola, per mea vita,  
mi che volo parlar Chichiliano.*

GIL.  
No debe ser cristiano este demonio.

LLORENTE.  
¡Cristiano había de ser! ¿Hay diablo alguno  
cristiano?

GIL.  
Pues ¿no hay diablos bautizados?

LLORENTE.  
Así los llaman.

NIÑA.  
*Mi seño lo diabolo  
de Palermo.*

SANTA  
Yo soy Juana, que ruega  
á su Esposo divino que permita



librar el cuerpo desta sierva suya;  
el cordón de Francisco ha de acaballo.  
¡Sal fueral!

NIÑA.

¡Ay, que me abrasas, que me quemas!  
Yo saldré, mas ¡para ésta! vil Juanilla,  
que te acuerdes de mí.

ABADESA.

¡Gran maravilla!  
(*Cae la Niña en tierra desmayada.*)

SANTA.

Llevalda: que ya el Angel condenado  
dejó á la niña libre. Gil: llevalda  
donde descansa y del desmayo vuelva;  
haced después que sea gran cristiana.

GIL.

Dios se lo pague, amén, hermana Juana.

### ESCENA XI

*Salen* SOR MARÍA EVANGELISTA, LA SANTA  
y LA ABADESA.

EVANGELISTA.

El padre Provincial, Madre, ha venido.

ABADESA.

Hermana Juana, vamos. Espantada  
voy de tanta virtud. Yo haré de suerte  
que nuestra casa y religiosas rija.

EVANGELISTA.

¡Oh, quiera Dios que el Provincial la elija!  
(*Vanse.*)

### ESCENA XII

*Salen* el EMPERADOR CARLOS QUINTO, DON ALONSO DE  
FONSECA, Arzobispo de Toledo, y FRANCISCO LOARTE.

CARLOS. Paso á Sevilla á la posta  
y ser vuestro huésped quise.

FRANC. De que los umbrales pise  
hoy desta su casa angosta,  
vuestra Majestad, se precia  
de suerte, que la comparo  
á los palacios que Paro  
labró á Constantino en Grecia.  
En ella otra Menfis pinto,  
pues ensalzan sus paredes  
las imperiales mercedes  
que hoy la hace Carlos Quinto.

CARLOS. Basta, Francisco Loarte,  
que ya he visto vuestro amor.

FRANC. Si es propio de ti, señor,  
ennoblecir cualquier parte,  
no es mucho que hoy me ennoblez-  
pues tan adelante pasa [cas,  
mi ventura.

CARLOS. Es vuestra casa  
de las mejores de Illescas,

y vos un vasallo leal;  
memoria tengo de vos.  
Prosperé tu vida Dios.

FRANC.

CARLOS.

FRANC.

CARLOS.

FRANC.

CARLOS.

FRANC.

CARLOS.

FRANC.

CARLOS.

FRANC.

CARLOS.

FRANC.

CARLOS.

FRANC.

CARLOS.

FRANC.

FONSECA.

FRANC.

FONSECA.

FRANC.

FONSECA.

CARLOS.

FRANC.

FONSECA.

CARLOS.

FRANC.

CARLOS.

FONSECA.

CARLOS.

FONSECA.

CARLOS.

FONSECA.

CARLOS.

FONSECA.

CARLOS.

FONSECA.

CARLOS.

FONSECA.

CARLOS.

FONSECA.

CARLOS.

FONSECA.

CARLOS.

FONSECA.

CARLOS.

FONSECA.

CARLOS.

### ESCENA XIII

*Salen* LA MAESTRA y SOR EVANGELISTA.

MAESTR. La envidia el alma me abrasa.

EVANGEL. Ya es sobra de pasión esa.

MAESTR. ¿Juana, de casa Abadesa?

EVANGEL. ¿Juana, prelada de casa,

y mis partes, mi gobierno,

mi pretensión despreciada?

¿Juana, de la Cruz prelada?  
¡Ay, cielos! En un infierno  
estoy de envidia.

EVANGEL.

MAESTR.

EVANGEL.

MAESTR.

EVANGEL.

MAESTR.

EVANGEL.

MAESTR.

EVANGEL.

MAESTR.

EVANGEL.

MAESTR.

EVANGEL.

MAESTR.

EVANGEL.

MAESTR.

EVANGEL.

MAESTR.

EVANGEL.

MAESTR.

EVANGEL.

MAESTR.

EVANGEL.

MAESTR.

EVANGEL.

MAESTR.

EVANGEL.

MAESTR.

EVANGEL.

MAESTR.

EVANGEL.

MAESTR.

EVANGEL.

MAESTR.

EVANGEL.

MAESTR.

EVANGEL.

MAESTR.

EVANGEL.

MAESTR.

EVANGEL.

MAESTR.

EVANGEL.

MAESTR.

EVANGEL.

MAESTR.

EVANGEL.

MAESTR.

EVANGEL.

MAESTR.

EVANGEL.

MAESTR.

EVANGEL.

MAESTR.

EVANGEL.

MAESTR.

EVANGEL.

MAESTR.

SANTA.

EVANGEL.

MAESTR.

EVANGEL.

MAESTR.

EVANGEL.

MAESTR.

EVANGEL.

MAESTR.

EVANGEL.

MAESTR.

EVANGEL.

MAESTR.

EVANGEL.

MAESTR.

EVANGEL.

MAESTR.

EVANGEL.

MAESTR.

EVANGEL.

MAESTR.

EVANGEL.

MAESTR.

EVANGEL.

MAESTR.

EVANGEL.

MAESTR.

EVANGEL.

MAESTR.

EVANGEL.

MAESTR.

EVANGEL.

MAESTR.

EVANGEL.

MAESTR.

EVANGEL.

MAESTR.

EVANGEL.

MAESTR.

EVANGEL.

MAESTR.

EVANGEL.

MAESTR.

EVANGEL.

MAESTR.

EVANGEL.

MAESTR.

EVANGEL.

MAESTR.

EVANGEL.

MAESTR.

EVANGEL.

MAESTR.

EVANGEL.

MAESTR.

EVANGEL.

MAESTR.

EVANGEL.

MAESTR.

¿Conmigo ese temor muestras?  
¿Es eso lo que me estimas?

No haya más, Angel, no sea  
lo que quiero; su Hermosura  
me anima, conforta, alegre  
y me quita mis pesares;

bien es que á Dios obedezca.  
Su esposa soy, este anillo  
me dió con su mano mesma,  
y los desposados suelen  
llevar el trabajo á medias.

Pero, decid, Angel mío,  
¿cómo nunca me dais cuenta  
de vuestro nombre admirable?

Razón será que le sepa,  
pues que somos tan amigos;  
decildo, que en la perfeta  
amistad, nunca ha de haber  
cosa oculta ni encubierta.

San Laurel Aureo es mi nombre;  
hízome la mano eterna  
de Dios de sus más privados;  
dióme gracias tan inmensas,  
que el Angel del Privilegio  
me llaman, y en verme tiemblan  
las infernales moradas  
que á mi nombre están sujetas.

Yo fui el ángel de la Guarda  
de David, rey y profeta;  
de San Jorge y San Gregorio,  
coluna de nuestra Iglesia.  
Mira lo que á Dios le debes,  
pues tu guarda me encomienda  
y á tales santos te iguala,  
y en tu misma boca y lengua  
habla el Espíritu Santo,  
y hablará lenguas diversas  
por trece años, predicando  
su ley divina y excelsa.  
Su predicadora te hace.

¡Ay de mí! que he de dar cuenta  
de tantas prerrogativas.  
Quiera el cielo no me pierda  
siendo ingrata á tanto amor.

No harás, porque la clemencia  
de tu Esposo y nuestro Rey  
te amó antes que nacieras.  
Tus súbditas vienen, Juana.  
Pues ¿cómo sola me deja  
Vuestra Hermosura?

No son  
dignas que cual tú me vean.  
Siempre estoy, Juana, á tu lado.

(*Vase.*)

ESCENA XIV

*Salen* LA SANTA y EL ANGEL DE LA GUARDA.

ANGEL. ¿Qué aguardo que no me vengo?  
Por el hábito que tengo  
que un lazo tengo de armarla  
con que, al paso que ha subido,  
caiga, siendo menosprecio  
del mundo. ¡Ay, intento necio  
para el mal siempre atrevido!  
¿Quién á despeñarme viene?  
La envidia, ¿qué bien causó?  
Mas como me vengue yo  
no importa que me condene. (*Vase.*)

ESCENA XV

*Salen* LA SANTA y EL ANGEL DE LA GUARDA.

SANTA. Angel santo, ¿yo prelada?  
¿Yo de la Cruz Abadesa?  
¿Cómo ha de poder llevar  
tan gran carga mi flaqueza?  
Suplico á Vuestra Hermosura,  
pues asiste en la presencia  
de Dios, que alcance me quite  
la Cruz, que me oprime á cuestras.  
¿Yo cuenta de tantas almas  
no pudiendo tener cuentas  
con la mía? (*Llora.*)

ANGEL. ¿Por qué lloras?  
Juana: ¿es esa tu obediencia?  
¿Es bien que la voluntad  
de Dios resistas, que ordena  
que gobiernes esta casa?  
¿No te crió para ella?  
¿No puedo ayudarte yo?

ESCENA XVI

*Salen* LA SANTA y EL ANGEL DE LA GUARDA.

ABADESA. Carísima madre nuestra:  
¡qué alegre está vuestra casa  
con prelada tan perfeta!

SANTA. ¡Ay madre! en las entrañas  
os tengo á todas impresas;  
gloria á Dios que la clausura



ya nuestra casa profesa.  
Ya no hay salir del convento  
que, aunque es tal nuestra pobreza,  
Dios nos la remediará;  
dejaldo á su providencia.

EVANGEL. Madre: una cosa venimos  
á suplicarla, no sea  
en vano nuestra esperanza  
por ser la cosa primera  
que sus hijas caras piden.

SANTA. Daros el alma quisiera  
donde os tengo á todas juntas.  
Pedid, pedid, norabuena.

ABADESA. Las almas del Purgatorio  
(después, madre, que por ella  
somos tan devotas tuyas)  
nos causan pena sus penas.  
Pues nada la niega el cielo  
de cuanto le pide y ruega,  
pida á Cristo nos bendiga  
nuestros rosarios y cuentas,  
y que con su mano propia  
las toque y después conceda  
por su amor é intercesión  
perdones y indulgencias.

TODAS. Madre: no diga que no.

SANTA. La intención, hijas, es buena;  
yo lo comunicaré  
con mi Angel.

EVANGEL. Ya se alegran  
nuestros corazones todos.

SANTA. ¿Adónde está la Maestra?

ABADESA. En el coro estaba agora.

SANTA. Dios, Madre, las dé paciencia;  
yo quiero dar bien por mal;  
Vicaria quiero que sea  
del convento.

EVANGEL. ¡Qué virtud!

ABADESA. ¿A quien su muerte desea  
da el gobierno de su casa?

SANTA. Váyanse, pues, y no pierdan  
el tiempo; váyanse al coro.

ABADESA. Quien el dulce rato emplea  
en la conversación santa  
y doctrina de su lengua  
no le pierde.

SANTA. Miren que hoy  
he comulgado, y me inquietan.

EVANGEL. Este ratico no más  
hemos de estar con ella.

SANTA. ¿Qué he de hacer Esposo santo?  
Veros quiero y no me dejan.

VOZ. (Dentro.) Pues yo te llevaré adonde  
no te inquieten, cara prenda.  
(Volando desaparece La Santa.)

EVANGEL. ¡Que se nos fué nuestra madre!

ABADESA. Juana santa, madre nuestra,  
¿por qué nos dejáis así?  
Vamos las dos á la iglesia  
y pidamos á su Esposo  
que á nuestra madre nos vuelva.

EVANGEL. ¡Soberana maravilla!

ABADESA. ¡Gran milagro!

EVANGEL. ¡Cosa nueva!

ABADESA. ¡Dichoso el convento y casa  
que tiene tal Abadesa!

## ESCENA XVI

Salen LA SANTA y EL ANGEL DE LA GUARDA con un  
legajo de papeles, y vásetos dando.—DICHOS.

ANGEL. Las almas del Purgatorio  
te dan esas peticiones,  
porque con tus oraciones  
su refrigerio es notorio.  
Sus penas tu Esposo aplaca  
por ti, y á tal favor llegas,  
que á los por quien tú le ruegas,  
de entre sus llamas las saca.  
Esta es de una que ha veinte años  
que está en su fuego mortal  
por un pecado venial,  
que uno solo hace estos daños.  
Esta es de un grande de España  
que pide alivio y consuelo  
porque eres grande del cielo.  
Esta es de un hombre de Hazaña  
y alega que es tu pariente;  
en fin, todas han ya visto  
que si es Rey tu Esposo, Cristo,  
eres tú su presidente.

SANTA. Pues dice Vuestra Hermosura  
que por ruegos de su sierva  
de las penas les preserva  
que el oro de su fe apura,  
á mi Esposo rogaré  
por ellas.

ANGEL. Cúmplelo así.

SANTA. Ningún mérito hay en mí;  
pero de mi Cristo sé  
que es amigo que le rueguen  
por modos extraordinarios,  
Angel. Y de los rosarios,  
¿qué me respondéis?

ANGEL. Que lleguen  
cuantos tus monjas hallasen,  
que hoy los tengo de llevar  
al cielo, donde ha de dar  
perdones con que se amparen  
Cristo (Juana), los mortales,  
y inmensas prerrogativas,  
que es de suerte lo que privas,  
y tus virtudes son tales,  
que tu Esposo soberano  
cuanto pidas quiere hacer;  
El los tiene de tener  
y bendecir con su mano.

SANTA. ¡Oh, qué alegres han de estar  
mis monjas con tal ventura!

ANGEL. ¿Dónde va Vuestra Hermosura?  
Ya te vienen á buscar,  
y no quiero que me vean  
del modo que tú me ves. (Vase.)

## ESCENA XVII

Sale la que era ABADESA y SOR EVANGELISTA.—  
LA SANTA.

ABADESA. Aquí está. Dadme los pies,  
que ver mis ojos desean.

EVANGEL. ¿Así os vais y nos dejáis,  
madre?

SANTA. Día de comunión,

no ha de haber conversación.  
Hijas: lo que deseáis  
el cielo nos lo ha cumplido;  
mi Esposo bendecir quiere  
cuantos rosarios le diere,  
mi Angel ha intervenido;  
buscad muchos y vení  
entretanto que yo ruego  
á su Hermosura que luego  
los lleve.

EVANGEL. ¿Esta tarde?

SANTA. Sí.

ABADESA. ¿Hay tal ventura? No quede  
en todo Cubas rosario  
que no venga.

SANTA. Extraordinario  
favor mi Cristo os concede.  
¡Venturoso el desposorio  
donde me ha llegado á dar  
Dios tanto! Voy á rogar  
por las que en el Purgatorio,  
siendo mejores que yo,  
de mi intercesión se valen. (Vase.)

ABADESA. ¿Qué mercedes hay que iguallen  
á las que el cielo nos dió?

## ESCENA XVIII

Sale la MAESTRA.—DICHAS, menos LA SANTA.

MAESTR. Madre: el Emperador  
y Arzobispo de Toledo  
están en casa; no puedo  
hablar de envidia y dolor;  
á ver la Abadesa vienen.

ABADESA. ¡Válgame Dios! ¿Aquí están?

MAESTR. También el Gran Capitán.

EVANGEL. Si el tiempo nos entretienen  
y la ocasión se nos pasa  
del bien que nos hace el cielo  
con los rosarios, recelo  
no se pierda.

ABADESA. Si está en casa  
el César, haga traer  
los rosarios del lugar,  
que yo iré luego á juntar  
las monjas para irle á ver  
y recibir entretanto  
al Emperador.

EVANGEL. Bien dice. (Vase.)

MAESTR. ¡Que hasta el César autorice  
á Juana! ¿Esto no es encanto?

ABADESA. Avisen á la tornera  
que abra la portería.

MAESTR. Miente quien niega y porfía  
que Juana no es hechicera. (Vanse.)

## ESCENA XIX

Salen el EMPERADOR, ARZOBISPO y GRAN CAPITÁN.

FONSECA. Este es (señor) el convento  
donde está la santa.

CARLOS. Aquí  
hoy, don Alonso, adquirí

gustos que en el alma siento.  
Gonzalo Fernández: vos  
veréis de Dios el poder  
en una humilde mujer.

G. CAPIT. Todo lo puede hacer Dios.

CARLOS. Arzobispo: ¿han avisado  
que venimos?

FONSECA. Sí, señor.

## ESCENA XX

Salen la ABADESA, la MAESTRA, EVANGELISTA y otras.  
DICHOS.

EVANGEL. Aquí está el Emperador. (Vase.)

ABADESA. Mil veces sea bien llegado  
vuestra Majestad á honrar  
esta casa, que ennoblece  
con su vista. (Todas de rodillas.)

CARLOS. Bien parece,  
hasta en el modo de hablar,  
la virtud que aquí se encierra  
y que es de Dios este celo.  
Levantaos, Madres, del suelo.

ABADESA. Señor.

CARLOS. Alzaos de la tierra.

ABADESA. Dénos, pues, la santa mano,  
primado grande de España,  
por quien más alegre baña  
Tajo el muro toledano,  
de quien sois prelado y padre.

FONSECA. A la posta el César viene  
por el deseo que tiene  
de ver hoy á vuestra Madre.  
Haced cómo pueda vella  
y avisalda.

ABADESA. Ya lo está;  
mas, ¿cómo, señor, saldrá,  
si está el espíritu en ella  
de Dios, que su lengua toca,  
dejándola transportada,  
sin sentido y elevada?

CARLOS. Su devoción me provoca,  
y de esa suerte deseo  
vella.

ABADESA. Bien, señor, podéis.  
(Descubren una cortina, y á La Santa de  
rodillas arrobada.)

FONSECA. ¡Qué de mercedes que hacéis,  
Señor, al humilde!

CARLOS. Hoy veo  
la vanidad en que fundo  
de mis reinos las grandezas.  
¿Qué importan honras, riquezas,  
la corona, el cetro, el mundo  
ni la púrpura imperial  
que cause soberbia tanta,  
si con Dios se nos levanta  
un remendado sayal?  
Hincad todos en la tierra  
las rodillas.

G. CAPIT. No han podido  
[todos] cuantos han querido  
vencerme, haciéndome guerra,  
ni sus bélicos despojos  
ablandarme el corazón,



y saca en esta ocasión una mujer de mis ojos el agua, que nunca han visto.

CARLOS. Estas sí, Gran Capitán, son hazañas.

G. CAPIT. ¿Qué no harán, señor, soldados de Cristo?

SANTA. Hijo Carlos, por quien crece en el mundo la ley santa de mi iglesia (pues la aumentan tus nunca vencidas armas), oye atento lo que dice el mismo Dios (que es quien habla y rige ahora la lengua de Juana, mi esposa cara): «Yo soy la tercer persona de la Trinidad beata, que en tres supuestos distintos es un Dios y una substancia. En pago del santo celo con que nuestro nombre ensalzas, hasta las Indias remotas, que en cielo convierte á España, te prometo de ayudarte tanto, que jamás tu fama borre el tiempo ni el olvido. Vencerás en Alemania los escuadrones soberbios del sajón que te amenaza, pervertido con la seta de Lutero, cual él falsa. Pondrán tus leyes su yugo en la cerviz indomada de Flandes, que te hace guerra sin advertir que es tu patria; tendrá á tu buena fortuna, y no imitadas hazañas, tal miedo el turco feroz que, volviendo las espaldas la otomana multitud, pisarán después tus plantas las lunas que enarboló la potencia Solimana. Roma te abrirá sus puertas; Milán, Nápoles y Francia conocerán tus vitorias, y las cercas africanas de Túnez te llamarán, á su pesar, su Monarca, dándole el Rey que quisieres y él á ti tributo y parias. Y para que echés el sello con la más heroica hazaña, por la milicia divina, dejando la que es mundana, renunciarás en Filipo, hijo de mi iglesia amada, los reinos, púrpura y globo, y en Yuste verá tu España que las honras que ganaste las pisas, porque son vanas, pues si es mucho el adquirirlas mucho más el despreciarlas. A ti, Gonzalo Fernández, Gran Capitán, que en Italia dejaste en bronce esculpido los blasones de tus armas,

por tu católico celo el nombre que á tu prosapia dejás de Cordoba, haré famoso, honrando tu casa. El espíritu de Dios, que por la boca de Juana os habla, agora os bendice.»

(Échales la bendición y corren la cortina.)

CARLOS. ¿Quién no se admira y espanta? ¡Dichosa casa mil veces, y yo dichoso otras tantas, que tal maravilla he visto!

G. CAPIT. Derretida llevo el alma.

CARLOS. Avisadme, Tesorero, para que limosna haga á esta casa.

FONSECA. Yo la doy, por ser su pobreza tanta, el beneficio de Cubas.

ABADESA. Tu largueza nos ampara.

G. CAPIT. Yo la doy quinientos mil maravedis.

ABADESA. Esos bastan para que un cuarto labremos.

CARLOS. Vamos, ¡ay, divina Juana! si á España las armas honran, hónrelo también tal Santa. (Vanse.)

#### ESCENA XXI

Quédanse las MONJAS y sale SOR EVANGELISTA.

EVANGEL. ¡Madres, albricias! Ya ha vuelto nuestra dichosa Prelada del éxtasis, y la he dado cuentas, rosarios y sartas en gran copia; aquí las tiene encerradas en esta arca,

(Saca una arquilla.)

y dejándome la llave está en su celda postrada pidiendo á Dios las bendiga.

ABADESA. Todo cuanto quiere alcanza de su Esposo.

EVANGEL. Esta es la hora que ya el Angel de su guarda al cielo las ha subido.

ABADESA. Abramos agora el arca; veamos si están aquí las cuentas. (Abren.)

EVANGEL. Aquí no hay nada; pues nadie la arquilla ha abierto.

ABADESA. Penetróla quien las saca, que todo lo puede Dios y por él su esposa santa. Vamos á ver nuestra madre; hermana: vuelva á cerrarla.

MAESTR. ¡Qué no me dejes, envidia!

ABADESA. ¿No viene, madre Vicaria? (Vanse.)

#### ESCENA XXII

Salen LA SANTA.

SANTA. Esposo de inmenso nombre, ¡qué importuna soy! ¿No os cansa

lo que os pido? Pero no, que tenéis las manos largas; el ver benditas sus cuentas todas mis monjas aguardan; haceldas esta merced.

#### ESCENA XXIII

Salen las MONJAS.—LA SANTA.

ABADESA. Aquí está; lleguen hermanas, y hablémola. Mas ¿qué es esto?

(Todas de rodillas, suena música, ábrese una apariencia de la Gloria. Cristo, sentado en un trono, el Ángel de rodillas dándole los rosarios y muchos ángeles alrededor.)

ANGEL. Autor eterno de gracia: estos rosarios suplica vuestra esposa y tierna Juana que bendigáis. (1)

(Échales Cristo la bendición.)

ABADESA. ¿No le ha visto echar, hermana, á Cristo la bendición?

EVANGEL. Miro maravillas tantas que no sé si estoy despierta.

(Encábrese la Gloria y baja el Ángel.)

ABADESA. ¿No ve cómo el Ángel baja y los rosarios la ofrece?

SANTA. ¡Oh, cuánto debe mi alma, Angel, á Vuestra Hermosura!

ANGEL. A estos rosarios, Juana,

(1) Falta el resto del verso.

ha concedido tu esposo los privilegios y gracias que tienen los *Agnus Dei*. Quien rezare en ellos saca de penas de Purgatorio cada día muchas almas, y gana tantos perdones como hay hojas, flores, plantas media legua alrededor deste monasterio y casa, y las indulgencias propias de Asis, famosa en Italia. Saldrán los demonios luego de los cuerpos con tocarlas; librarán de enfermedades torbellinos y borrascas. La misma virtud tendrán las cuentas á estas tocadas; todo lo concede Cristo, con tal que las que da el Papa se estimen como es razón. Ven, esposa soberana, adonde tu esposo veas.

(Vuélvese un torno y desaparecen.)

EVANGEL. Llevóse la transportada.

ABADESA. ¡Oh, milagrosa mujer! Son tus maravillas tantas, que no hay lengua que las cuente; para alabarte éstas bastan.

(Sale uno que acaba la comedia.)

En la segunda comedia, el autor, senado, os guarda lo que falta desta historia; suplid agora sus faltas.